

aquellos que han probado que un año de práctica en la guerra suple ventajosamente á todos los aprendizajes de explamada.» Escribió una carta cuyo estilo y ortografía fueron denunciados al comité de salvación pública, pero que era la que convenía para convencer á Bois-Hardí y Cormatín.

Hubo una entrevista, y Bois-Hardí, mostrando la desenvoltura de un militar joven é intrépido, sin odio alguno, que se batía por inclinación más bien que por fanatismo, no se comprometió á nada, dejando que Cormatín lo hiciese. Este último, dejándose llevar de su inconsecuencia habitual, y lisonjeado al ver que se le llamaba á tratar con los generales de la poderosa república francesa, escuchó todas las indicaciones de Humbert, pidiendo que se le pusiera en relación con los generales Hoche y Canclaux y con los representantes. Acordáronse entrevistas, día y sitio; pero el comité central reprendió á Cormatín por haberse adelantado tanto. Este último aseguró al comité, uniendo la doblez á la inconsecuencia, que no quería hacer traición á su causa; que al aceptar una entrevista, proponíase observar de cerca á los enemigos comunes y juzgar de sus fuerzas y disposiciones. Daba dos razones importantes, según él: en primer lugar, no habían visto jamás á Charette, ni se concertaron jamás con él, y al solicitar verle, bajo el pretexto de hacer común la negociación á la Vendée y á Bretaña, podría hablarle de los proyectos de Puisaye, invitándole á concurrir á ellos. En segundo lugar, Puisaye, compañero de infancia de Canclaux, le había escrito una carta capaz de convencerle, haciéndole las ofertas más brillantes para ganarle á la monarquía. So pretexto de una entrevista, Cormatín le entregaría la carta y acabaría la empresa de Puisaye. Fingiéndose de este modo el papel de hábil diplomático con sus colegas, obtuvo Cormatín la autorización para negociar oculta-mente con los republicanos, concertarse con Charette y seducir á Canclaux. Escribió á Puisaye en el mismo sentido, y se marchó con la cabeza llena de las más encontradas ideas, unas veces muypreciado de que iba á engañar á los republicanos, conspirar á su vista y arrebatárles un general; otras orgulloso porque iba á ser el mediador entre los rebeldes y los representantes de la república, hallándose en esta oposición de

ideas dispuesto á ser engañado cuando quería engañar.

Vió á Hoche, pidióle primeramente una tregua provisional, y exigió después la facultad de visitar á todos los jefes de los chuanes, uno después de otro, para inspirarles miras pacíficas, avistándose con Canclaux, y sobre todo con Charette, á fin de concertarse con este último diciéndole que los bretones no podían separarse de los vendeanos. Hoche y los representantes le concedieron lo que pedía, pero designando á Humbert para que le acompañase y asistiera á todas las entrevistas. Cormatín, satisfechos sus deseos, escribió al comité central y á Puisaye que sus artificios tenían buen resultado; que engañaba á los republicanos; que iba á alentar á los chuanes, dando el santo á Charette, invitándole sólo á contemporizar mientras llegaba la gran expedición, y por último, que se proponía seducir á Canclaux. Comenzó, pues, á recorrer la Bretaña, viendo á todos los jefes y admirándoles con palabras de paz y aquella tregua singular, y como no todos comprendían su astucia iban desanimándose.

La suspensión de las hostilidades hacía desear el sosiego y la paz, y sin que Cormatín lo sospechase, adelantaba la pacificación. Él mismo comenzaba á inclinarse á ella; y mientras pretendía burlar á los republicanos, éstos le engañaban á él sin querer. Entretanto habíase fijado con Charette el día y sitio de la entrevista, que era cerca de Nantes, adonde debía trasladarse Cormatín para dar principio á las negociaciones. Cada día más apurado con los compromisos á que se obligaba respecto á los republicanos, comenzó á escribir más de tarde en tarde al comité central, y viendo éste el giro que iban á tomar las cosas, escribía á Puisaye en vivo: «Apresuraos á llegar, porque los ánimos están vacilantes y los republicanos seducen á los jefes. Es preciso venir, aunque no sea más que con doce mil hombres, dinero, sacerdotes y emigrados. Llegad antes de fin de enero (pluvioso).» Así pues, mientras que la emigración y las potencias fundaban tantas esperanzas en Charette y en la Bretaña, una negociación iba á pacificar los dos países. En pluvioso (enero-febrero) la república trataba por lo tanto en Basilea con una de las principales potencias, y en Nantes con los realistas que hasta entonces la habían combatido y desconocido.

## CAPÍTULO XXVII

Se abren de nuevo los salones, los teatros y las reuniones literarias.—Establecimiento de las escuelas primarias, normal, de derecho y de medicina.—Decretos relativos al comercio, á la industria y á la administración de justicia y de cultos.—Escasez de subsistencias en el invierno del año III.—Destrucción de los bustos de Marat.—Abolición del *maximum* y de las requisas.—Sistemas diversos sobre los medios de retirar los asignados.—Aumenta la escasez en París.—Repósición de los diputados girondinos.—Escenas tumultuosas con motivo de la escasez.—Agitación de los revolucionarios.—Insurrección del 12 germinal.—Detalles de esta jornada.—Destierro de Barrere, Billaud-Varennes y Collot d'Herbois.—Arresto de varios diputados montañeses.—Disturbios en las ciudades.—Desarme de los patriotas.

Dispersos estaban los jacobinos, perseguidos los principales agentes ó jefes del gobierno revolucionario, muerto Carrier, acosados otros varios representantes á causa de las comisiones que desempeñaron, y por último, detenidos Collot d'Herbois, Barrere, Billaud-Varennes y Vadier, quienes debían comparecer muy pronto ante el tribunal de sus colegas. Mientras que Francia trataba de vengarse así de los hombres que exigieron de ella esfuerzos dolorosos, condenándola á un régimen terrible, volvía con pasión á los placeres, á las dulzuras de las artes y de la civilización de que la privaron un instante aquellos hombres. Ya hemos visto con qué ardimiento se preparaban á gozar de aquel invierno, con qué gusto singular y nuevo habían tratado las mujeres de adornarse y con qué afición se iba á los conciertos de la calle Feydeau. Ya estaban abiertos todos los teatros: los actores de la comedia francesa habían salido de la cárcel, reapareciendo en escena Larive, Saint-Prix, Molé, Dazincourt, Saint-Phal y las señoritas Contat y Davienne. Se asistía á los teatros con entusiasmo; aplaudíase todo cuanto podía hacer alusión al terror; se cantaba el *Despertar del pueblo* y proscríbese la *Marsellesa*. En los palcos se presentaban las bellezas de la época, esposas ó amigas de los termidorianos, y en el patio la juventud dorada de Fréron, que parecía burlarse con sus placeres, sus adornos y su buen gusto de aquellos terroristas sanguinarios y groseros, que según decían, quisieron ahuyentar toda civilización. Asistíase á los bailes con el mismo afán: dióse uno en el que todas las personas que asistieron habían perdido parientes en la revolución y se le llamó *el baile de las víctimas*.

También se abrieron de nuevo los sitios públicos consagrados á las artes. La Convención, que con todas las pasiones tuvo las grandes ideas, había ordenado la formación de un museo, donde se agregarán á los cuadros que ya tenía Francia los que nos proporcionaba la conquista, habiéndose trasladado ya los de la escuela flamenga, tomados en Bélgica. El Liceo, donde Laharpe celebró antes la filosofía y la libertad con gorro encarnado; el Liceo, cerrado en la época del terror, acababa de abrirse al público, gracias á los beneficios de la Convención, que hizo una parte de los gastos del establecimiento, distribuyendo algunos centenares de tarjetas á los jóvenes de cada sección. Allí se oía á

Laharpe declamar contra la anarquía, el terror, el envilecimiento de la lengua, el *filosofismo* y todo cuanto elogió en otro tiempo, antes que aquella libertad que celebraba sin conocerla hubiese atemorizado su alma tímida.

La Convención había concedido pensiones á casi todos los literatos y sabios, sin distinción de opiniones. Acababa de decretar el establecimiento de las escuelas primarias, donde el pueblo debía aprender los elementos de la lengua hablada y escrita; las reglas del cálculo, los principios de agrimensura y algunas nociones prácticas sobre los principales fenómenos de la naturaleza; las escuelas centrales, para las clases más elevadas y donde la juventud aprendería matemáticas, física, química, historia natural, higiene, artes y oficios, dibujo, humanidades, lenguas antiguas y vivas, las más apropiadas á las localidades, gramática general, lógica y análisis, historia, economía política, elementos de legislación, todo con el mejor orden para el desarrollo del entendimiento; la escuela normal, donde debían formarse, bajo la dirección de los sabios y literatos más célebres, jóvenes profesores que irían después á propagar en toda Francia la instrucción adquirida en el foco de las luces, y por último, las escuelas especiales de medicina, derecho y veterinaria.

Además de tan vasto sistema de educación, destinado á difundir aquella civilización que tan injustamente se acusaba á la revolución de haber proscrito, la Convención acordó conceder premios por trabajos de toda especie. Acababa de ordenarse el establecimiento de diversas manufacturas, concediéndose á los suizos, expatriados por causa de los disturbios, varios dominios nacionales en Besançon, á fin de organizar allí una fábrica de relojes. La Convención había pedido además á sus comités proyectos de canales, planes para bancos y un sistema de adelantos para ciertas provincias arruinadas por la guerra, y suavizó algunas leyes que podían perjudicar á la agricultura y al comercio. Muchos labradores y artesanos que habían abandonado la Alsacia al evacuarla Würmser, Lyon durante el sitio y todo el Mediodía desde los rigores con que se trató al federalismo, fueron distinguidos de los emigrados, dándose una ley por la que los labradores y artesanos que hubiesen salido de Francia después del 1.º de mayo de 1793 y quisieran volver antes del 1.º germinal, no serían con-

siderados como emigrantes. Conservóse la ley de los sospechosos, cuya anulación se pedía; mas no era ya temible sino para los patriotas que llegaron á serlo á la sazón. El tribunal revolucionario acababa de reorganizarse completamente, reduciéndose á la forma de los tribunales criminales ordinarios, con jueces, jurados y defensores. No se podía ya juzgar por pruebas escritas, sin oír á los testigos, y anulóse la ley que permitía declarar fuera de discusión á un reo, expedida contra Dantón. Las administraciones de los distritos debían dejar de ser permanentes, excepto en las ciudades que excediesen de cincuenta mil almas.

Por último, una nueva ley regulaba los grandes intereses del culto, recordando que en virtud de la declaración de los derechos, todos eran libres; pero añadía que el Estado no pagaba ninguno ni permitía la celebración pública. Cada secta podía construir ó alquilar edificios para construir su culto en el interior de aquéllos. En fin, con el objeto de reemplazar las antiguas ceremonias de la religión católica y las de la Razón, la Asamblea formó un plan de fiestas decadarias, combinando el baile, la música y las exhortaciones morales de manera que fueran provechosos los placeres del pueblo, produciendo en su imaginación impresiones á la vez útiles y agradables. Distraída así del urgente cuidado de atender á su defensa, despojábase la revolución de sus violentas formas, volviendo á su verdadera misión, cual era la de favorecer las artes, la industria, las luces y el progreso.

Pero mientras desaparecían las leyes crueles, recobrándose las clases elevadas y entregándose á los placeres, las clases inferiores sufrieron una espantosa miseria y un frío casi desconocido en nuestros climas. Aquel invierno del año III, que nos había permitido atravesar á pie los ríos y brazos de mar de Holanda, hacíanos pagar cara aquella conquista, condenando al pueblo de las ciudades y de las campiñas á los más rudos sufrimientos. Era sin contradicción el más riguroso del siglo, más aún que el que precedió á la apertura de los Estados generales en 1789. Faltaban las subsistencias por diversas causas, siendo la principal la escasa cosecha, pues aunque al principio se presentó muy buena, la requisa y después las nieves disiparon toda esperanza. La trilla se había descuidado, como los años precedentes, por falta de brazos ó por mala fe de los arrendadores.

Los asignados, que diariamente bajaban, habían últimamente llegado á la décima parte de su valor; el máximo era más opresivo que nunca y mayores la repugnancia á sujetarse á él y los esfuerzos para libertarse. Los arrendadores daban en todas partes declaraciones falsas, ayudados en sus mentiras por los ayuntamientos, que como ya sabemos acababan de renovarse. Compuestos casi todos de hombres moderados, secundaban de la mejor gana la rebelión contra las leyes revolucionarias; en una palabra, todos los resortes de la autoridad estaban ya gastados, y habiendo dejado el gobierno de intimidar, se desobedecían las requisas para abastecer los ejércitos y las grandes poblaciones. Así, pues, el sistema extraordinario de los abastecimientos, destinado á suplir al comercio, se había desorganizado mucho antes de que el comercio recobrar su natural empuje. La escasez debía ser mucho más sensible aún en

las ciudades principales, siempre más difíciles de abastecer.

París estaba amenazado de un hambre más horrible que ninguno de cuantos se habían tenido en el transcurso de la revolución. A las causas generales agregábanse otras particulares: por la supresión del ayuntamiento conspirador del 9 temidor, el cuidado de abastecer á París se confió á la comisión de comercio y subsistencias, resultando de este cambio una interrupción en los servicios, porque se dieron las órdenes muy tarde y con peligrosa precipitación. Faltaban los medios de transporte, pues todos los caballos, según se ha visto, murieron reventados, y además de la dificultad de reunir suficientes cantidades de trigo, ofrecíase también la de conducirlos á París.

Las demoras, los robos en los caminos y todos los accidentes comunes en tiempo de escasez, burlaban los esfuerzos de la comisión; y no sólo faltaban las subsistencias, sino igualmente la leña y el carbón. El canal de Briare se había secado durante el estío; el carbón de piedra no había llegado; las fábricas acababan de consumir todo el común; habíase dado muy tarde la orden para la corta de leña, y los contratistas que debían conducirla, vejados por las autoridades, estaban desanimados. Faltaban, pues, los carbones y la leña, y esta escasez de combustible en tan terrible invierno era tan funesta como la de los granos.

Tan cruel padecimiento en las clases inferiores contrastaba con los nuevos placeres á que se habían entregado las más elevadas. Los revolucionarios, irritados contra el gobierno, seguían el ejemplo de todos los partidos derrotados, aprovechándose de las calamidades públicas como de otros tantos argumentos contra los actuales gobernantes, y hasta contribuían á que aumentaran estos males, contrariando las órdenes de la administración. «No enviéis vuestros trigos á París, decían á los arrendadores; el gobierno es contrarrevolucionario, permite á los emigrados volver, no quiere poner en vigor la Constitución, deja que se pudran los granos en los almacenes de la comisión de comercio y hace padecer hambre al pueblo para que se eche en brazos de la monarquía.» Así persuadían á los cosecheros á conservar sus granos, y desde allí se trasladaban á las grandes ciudades, donde no siendo conocidos, se hallaban fuera del alcance de aquellos á quienes habían perseguido y en ellas sembraban los gérmenes de discordia. En Marsella acababan de cometer nuevas violencias con los representantes, obligándoles á suspender los procedimientos empezados contra los pretendidos cómplices del terror, y fué preciso declarar la ciudad en estado de sitio.

En París era donde conspiraban en mayor número y se mostraban más inquietos, porque diariamente reproducían el mismo tema, comparando el sufrimiento del pueblo con el lujo de los nuevos actores de la Convención. Madama Tallián era la mujer á quien por entonces acusaban más, porque en todas épocas habían elegido á alguna mujer por blanco de sus tiros; ella era la pérdida encantadora, á quien, como antiguamente á madama Roland, y antes aún á María Antonieta, hacían culpable de las calamidades del pueblo. Su nombre, muchas veces repetido en la Convención, parece que no chocaba á Tallián, hasta que al fin, tomando la

palabra un día para vengarla de tantos ultrajes, la presentó como modelo de decisión y valor, como una de las víctimas que Robespierre había destinado al cadalso, y declaró que era su esposa. Uniéronse á él Barras, Legendre y Frerón, y dijeron que era por fin tiempo de explicarse, y trabándose en denuestos con la Montaña, se vió precisada la Convención, como sucedía siempre, á terminar la discusión con el orden del día.

Otro día dijo Duhem al diputado Clausel, individuo del comité de seguridad general, que iba á asesinarle, y suscitándose un espantoso motín, hubo también de terminarse esta escena con el orden del día.

El infatigable Duhem descubrió un escrito titulado *El Espectador de la revolución*, en el cual había un diálogo acerca de los dos gobiernos, monárquico y republicano, diálogo que daba manifiesta preferencia al gobierno monárquico y aun exhortaba de un modo bastante claro al pueblo francés á que volviese á abrazarle. Duhem denunció indignado este papel como uno de los síntomas de la conspiración realista, y la Convención, dando oídos á esta reclamación, envió al autor al tribunal revolucionario; pero llegando á decir Duhem que triunfaba el partido realista y la aristocracia, fué también enviado por tres días á la Abadía, como que había insultado á la Asamblea. Estas escenas conmovieron á todo París. En las secciones querían representar sobre lo que acababa de suceder, y disputaban por el modo con que debían redactarse las exposiciones, pues cada uno quería que se hiciesen según sus ideas.

Jamás había presentado la revolución espectáculo tan imponente, porque los jacobinos, prepotentes en otro tiempo, no habían hallado resistencia alguna capaz de producir lucha verdadera. Todo lo habían arrollado, haciéndose al fin vencedores; vencedores bruscos y furiosos, pero únicos. A la sazón acababa de alzarse un partido poderoso, que aunque fuese menos violento suplía por el número á la violencia y podía combatir brazo á brazo. Se hicieron las exposiciones en todos sentidos. Algunos jacobinos, reunidos en los cafés hacia los poblados barrios de San Dionisio, el Temple y San Antonio, hablaron como de costumbre y amenazaron ir á asaltar el Palacio Real, los teatros y la Convención. Los jóvenes, por su parte, movían un terrible estruendo en el patio de los teatros, amenazando hacer un ultraje sensible á los jacobinos.

Hallábase el busto de Marat en todos los sitios públicos y especialmente en los teatros. En el de Feydeau se lanzaron al foro varios jóvenes, y subiéndose unos sobre otros derribaron el busto del santo, le hicieron pedazos y colocaron al momento el de Rousseau. En vano procuró la policía impedir esta escena; se celebró con universales aplausos el hecho de estos jóvenes, echaron coronas al teatro para adornar el busto de Rousseau y esparcieron versos preparados al efecto, gritando: ¡Mueran los terroristas! ¡Fuera Marat: fuera ese monstruo sanguinario que pedía trescientas mil cabezas! ¡Viva el autor del Emilio, del Contrato social y de la Nueva Eloísa! Repitióse esta escena al siguiente día en los demás teatros y parajes públicos, y entrando en los mercados, llenaron de sangre el busto de Marat y lo arrojaron al lodo. En el barrio de Montmartre hicieron los muchachos una procesión, y después de haber

llevado el busto hasta la orilla de un albañal, le echaron en él. La opinión se pronunció de un modo tan violento, pues el odio y disgusto contra Marat reinaba en casi todos los corazones, aun en los de la mayor parte de los montañeses, porque ninguno había podido igualarse en sus delirios á la extravagancia de aquel atrevido maniático; pero hallándose consagrado el nombre de Marat, valiéndole una especie de culto el puñal de Carlota Corday, se temía tocar á sus altares, como á los de la libertad misma. Hemos visto que durante las últimas descamisadas, es decir, cuatro meses antes, se había colocado en el Panteón en vez de Mirabeau. Los comités se apresuraron á coadyuvar á este deseo, y propusieron á la Convención decretase que no pudiese llevarse al Panteón ningún individuo mientras no pasasen veinte años, y que no podría exponerse en los lugares públicos ningún busto ni retrato de ciudadano. Se añadió que quedaba anulado todo decreto en contrario, y por consecuencia Marat, colocado en el Panteón, fué arrojado de él, habiendo pasado sólo cuatro meses. ¡Tal es la inconstancia de las revoluciones!.. Se decreta, se niega la inmortalidad y hasta después de la muerte amenaza el descrédito á los corifeos de los partidos. Desde entonces empezó el eterno baldón que ha perseguido á Marat en unión con Robespierre, pues ambos, divinizados en otro tiempo por el fanatismo y juzgados al presente por el dolo, quedaron condenados á execración perpetua.

Irritados los jacobinos por el ultraje que se hacía á uno de los más famosos revolucionarios, se reunieron en el arrabal de San Antonio y juraron vengar la memoria de Marat. Tomaron su busto, le llevaron en triunfo por todos los barrios que dominaban, y armados de pies á cabeza amenazaron degollar á todo el que turbase aquella función siniestra. Los jóvenes tenían ganas de deshacer aquella procesión; se animaban al efecto, é indudablemente hubieran venido á las manos si los comités no hubieran mandado cerrar el club de los Trescientos, prohibido las procesiones de esta especie y dispersado las reuniones. En la sesión del 20 nivoso (9 de enero) sacaron de la Convención los bustos de Marat y Lepelletier, como las dos hermosas pinfuras en que David les representó moribundos. Las tribunas, que estaban divididas, prorrumpieron en contrapuestos gritos: unas aplaudieron, otras produjeron terribles murmullos. Entre estas últimas se hallaban las mujeres llamadas furias de la guillotina, y las hicieron salir. Celebró la Asamblea, y la Montaña, pensativa y silenciosa, creyó, al ver llevarse los célebres cuadros, que se disolvía la revolución y la república.

La Convención acababa de quitar á los dos partidos la oportunidad de llegar á las manos; pero sólo se retardaba la lucha algunos días. Eran tan profundos los sentimientos y los sufrimientos tan grandes, que debía esperarse alguna de aquellas horribles escenas tan sangrientas en la revolución. En la incertidumbre de lo que sucedería, se discutían todas las cuestiones que provenían de la situación del comercio y hacienda del país, cuestiones desgraciadas que se suscitaban á cada momento para tratarlas y resolverlas de diferente modo, según los cambios que habían sufrido las ideas.

Dos meses antes se había modificado el *máximum*, variando el precio de los cereales según la localidad

donde se expendían; reformando el sistema de requisas con hacerlas especiales, limitadas y regulares, y aplazando las cuestiones relativas al secuestro, moneda y asignados. Había ya desaparecido toda consideración á los actos revolucionarios; y no era sólo una simple modificación lo que se pedía, sino la abolición misma del sistema de urgencia que se había establecido durante el terror. Muy buenas razones daban los enemigos de este sistema, pues decían que no estando todo sujeto al *máximum*, éste era absurdo é injusto. El arrendador que pagaba treinta francos por una reja de arado que antes sólo le costaba cincuenta sueldos, setecientos francos á un criado á quien antes daba ciento, y diez al jornalero que anteriormente tenía por cincuenta sueldos, no podría nunca dar sus géneros al mismo precio que antes. Libres por fin del *máximum*, para dar cierta actividad al comercio, las materias primeras traídas del extranjero, era absurdo someterlas á él ya fabricadas, porque reduciría su valor á ocho ó diez veces menos que en bruto. No eran estos los únicos ejemplos, pues podían citarse mil de la misma índole. El *máximum*, que exponía al fabricante, comerciante y arrendador á pérdidas inevitables, era odiado de ellos, y los unos abandonarían las tiendas ó las fábricas, y los otros ocultarían su trigo ó le darían á los animales domésticos, porque más ventajoso les sería vender aves y cerdos cebados. De un modo ó de otro era preciso, si se quería que se hallasen abastecidos los mercados, que los precios fueran libres, porque nadie quiere nunca trabajar para perder. Por otra parte, añadían los enemigos del sistema revolucionario, jamás se había estrictamente efectuado el *máximum*, pues los que querían comprar cosa de su gusto, se resignaban á pagar según el precio positivo. Toda la cuestión, pues, se reducía á esta frase: pagar caro ó no tener nada. En vano se quería suplir á la espontánea actividad de la industria y del comercio con las requisas, es decir, con la acción del gobierno, pues un gobierno comerciante era una monstruosidad ridícula. El comité de aprovisionamientos que tanto ponderaba sus operaciones, ¿qué trigo extranjero había introducido en Francia? Sólo introdujo lo suficiente para alimentarla cinco días. Debíase, pues, acudir á la actividad individual, es decir, al comercio libre, y fiarse de él únicamente. Cuando el *máximum* se hubiera suprimido y el comercio sacase el importe de sus fletes, de sus seguros, del interés y capitales y de su justa ganancia, haría venir cereales de todos los puntos del globo. Las grandes poblaciones, sobre todo, que no estaban abastecidas como París por cuenta del Estado, no podían recurrir sino al comercio, pereciendo de hambre si no se les devolvía su libertad.

Estos raciocinios eran justos en teoría, pero no era menos cierto que la transición del comercio forzoso al libre debía ser muy peligrosa en momentos de crisis tan grave. Mientras la libertad de los precios no reanimase la industria individual y abasteciese los mercados, iba á ser extraordinaria la carestía de todo; inconveniente leve para los géneros que no eran de primera necesidad, pues sólo había una interrupción momentánea hasta la época en que la concurrencia hiciese bajar los precios; pero cómo había de efectuarse esta transición en los comestibles que no admitían retardo alguno? Mientras la facultad de vender los cereales á

precio libre proporcionara barcos de Polonia, Crimea, Africa y América y obligara con la competencia á vender sus granos á los arrendadores, ¿cómo viviría el pueblo de las ciudades sin *máximum* ni requisas? Siempre era preferible tener pan, por malo que fuese, adquirido á esfuerzos de la administración por medios violentos, que carecer de él en absoluto; y por más indispensable que fuera salir cuanto antes de aquel sistema forzado, siempre se necesitaba guardar algunas consideraciones y no proceder atropelladamente. En cuanto á los cargos que Mr. Boissy d'Anglès hacía al comité de abastos, eran tan injustos como ridículos, porque aunque él aseguraba que todas las importaciones no habían podido alimentar á Francia más que unos cinco días, había otros que negaban aquel cálculo, y además, poco importaba el más ó el menos, porque siendo siempre grandes los apuros de un país, el salir del paso por algunos días era un inmenso servicio, por el solo hecho de haber proporcionado aquello poco que faltaba. ¿Hay quién pueda calcular dónde llega la desesperación de un país privado de pan por cinco días? Si esta privación se hubiese hallado igualmente extendida, acaso no hubiera sido mortal; pero mientras los campos abundarían en trigo, se hubiera visto á las grandes ciudades y especialmente á París carecer de él absolutamente, no sólo cinco días, sino diez, veinte y cincuenta, siguiendo un general trastorno; por lo demás, la comisión de comercio y abastos dirigida por Lindet no se había únicamente limitado á traer géneros de fuera, sino que había hecho transportar los cereales, el forraje y las mercancías que había en Francia desde los campos á las fronteras ó á los pueblos grandes, y el comercio, intimidado por la guerra y los furios políticos, no hubiera hecho esto nunca espontáneamente.

Había sido preciso suplir esta falta con la voluntad del gobierno, y esta voluntad enérgica y extraordinaria merecía el reconocimiento y la admiración de la Francia, á pesar de los gritos de aquellos hombres apocados que sólo habían sabido estar escondidos mientras peligraba la independencia de la patria.

Resolvióse, pues, la cuestión en cierto modo por asalto, aboliendo de una vez el *máximum* y las requisas por impulso, lo mismo que cuando se volvió á llamar á los setenta y tres y se decretó contra Billaud, Collot y Barrere. Sin embargo, dejáronse subsistir algunos restos del sistema de las requisas, mandando que aquellas que tenían por objeto abastecer á las grandes ciudades continuasen todavía por un mes.

El gobierno conservaba el derecho de preferencia, es decir, la facultad de tomar los géneros por autoridad propia, pagándolos al precio de los mercados. La famosa comisión perdió parte de su dictado, pues ya no se llamó comisión de comercio y abastos, sino únicamente de abastos, reduciéndose sus cinco directores á tres y sus diez mil empleados á algunos centenares. Substituyóse con fundamento al sistema de empresas el de administración, y de paso se acusó á Pache por haber creado la comisión de mercados. Dióse el acarreo á los empresarios y se cerró la fábrica de armas de París que había hecho servicios muy costosos, pero muy grandes. Todo esto podía hacerse sin inconveniente. La fábrica de armas se cedió á una empresa, cosa que no llevaron á bien los obreros, porque cono-

cían que en adelante no serían tan bien pagados; en consecuencia, é incitados por los jacobinos, amenazaron con que se sublevarían, pero se les pudo disuadir y se les despachó á sus respectivos pueblos.

Volvieron á entablar de nuevo la cuestión del secuestro, suspendida anteriormente porque se temía, al restablecer la circulación de los valores, suministrar recursos á la emigración y hacer el agiotaje del papel extranjero, y fué resuelta por entonces con ventaja de la libertad del comercio. Se alzó el secuestro y se devolvieron á los comerciantes extranjeros los valores secuestrados á riesgo de no obtener la misma devolución en favor de los franceses; finalmente, restablecióse, después de una acalorada discusión, la libre circulación de la moneda, que se había suspendido en otro tiempo para impedir que los emigrados se llevasen el dinero de Francia, y se permitió de nuevo por causa de que, faltándonos recursos de retorno y no pudiendo Lyon aprontar sesenta millones de productos elaborados, Nimes veinte y Sedán diez, sería imposible el comercio si no se permitía pagar en oro ó plata las compras hechas en el extranjero. Por otra parte, se juzgó que habiendo desaparecido el numerario por causa del papel moneda, la facultad de pagar al extranjero los artículos de importación obligaría á que saliese de nuevo y le devolvería su movimiento. Adoptáronse además precauciones bastante pueriles para impedir que se fuera á alimentar á los emigrados, pues todo el que extraía un valor metálico estaba obligado á hacer entrar otro equivalente en mercancías.

Ultimamente se ocuparon de la difícil cuestión de los asignados. Había en este papel cerca de siete mil quinientos ó siete mil seiscientos millones en circulación efectiva, quedando en caja quinientos ó seiscientos millones; de modo que la suma fabricada ascendía á ocho mil millones. La hipoteca, que consistía en toda suerte de bienes de primera y segunda clase, como árboles, tierras, granjas, palacios, casas y muebles, ascendía á más de quince mil millones, según la valoración actual en asignados; de suerte que la hipoteca era más que suficiente; sin embargo, el asignado perdía las nueve décimas ú once dozavas partes de su valor, según la naturaleza de los objetos porque se cambiaba; y así, el Estado, que recibía en asignados los impuestos; el arrendatario, el empleado, el propietario de casas ó tierras, el acreedor de un capital; finalmente, todos los que recibían asignaciones, rentas, salarios ó reintegros en papel sufrían pérdidas cada vez más enormes, pues el desbarajuste que resultaba era mayor cada día. Cambión propuso aumentar las pagas de los empleados y la renta de los propietarios, y aunque combatieron su proposición, se vieron obligados á adoptarla para los empleados, que ya no podían vivir. Pequeño remedio era este, sin embargo, para tan grave mal, porque sólo se favorecía con él á una clase entre mil otras; para hacerlo con todas debía restablecerse la relación justa de los valores; mas ¿cómo conseguirlo?

Todavía no acertaban á desengañarse de los sueños del año anterior, procurando hallar la causa del desprecio de los asignados y los medios de hacerlos subir. Por de pronto, aunque se confesaba que su gran emisión era una causa de su menosprecio, también se intentaba probar, para disculparse de ser excesiva aquella, que no

era ésta la principal. Citábase como prueba que cuando la deserción de Dumouriez, el levantamiento de la Vendée y la toma de Valenciennes, circulando los asignados en mucha menos cantidad que después del levantamiento del sitio de Dunkerque, Maubeuge y Landau, perdían más sin embargo; lo cual era cierto y probaba que las derrotas y los triunfos influían en el papel moneda, verdad ciertamente innegable; pero á la sazón, en ventoso del año III (marzo de 1795) la victoria era completa en todos los puntos; se había restablecido la confianza en las ventas; los bienes nacionales se habían hecho objeto de una especie de agiotaje, y una multitud de especuladores compraba para aprovecharse de la segunda venta ó de la división; y sin embargo, el descrédito de los asignados era cuatro ó cinco veces mayor que el año precedente. La mucha emisión era, pues, la verdadera causa del menosprecio del papel, y en recogerlo estribaba el único modo de dar subida á su valor.

¿Podría conseguirse esto con sólo vender los bienes? ¿Y cuál sería el medio de verificar su venta? Tales eran las eternas cuestiones que anualmente se proponían. La causa que había impedido comprar los bienes en los años pasados había sido la repugnancia, la preocupación y más que todo la falta de confianza en la solidez de las adquisiciones. Al presente era otra la causa. Figúrenos cómo se adquieren las fincas, según el curso regular: el comerciante, el fabricante, el labrador y el capitalista compran con productos ó rentas ahorradas la tierra del individuo que ha venido á menos ó que vende para cambiar su propiedad con otra. Una tierra se cambia del mismo modo, ó por otra, ó por capitales movibles ganados por el trabajo. El comprador de la tierra se afirma en su posesión, y el vendedor va á hacer uso de los capitales que ha recibido en pago, sucediendo en el trabajo del que antes los poseía. Tal es el insensible giro de la propiedad en fincas; pero figurémonos toda una tercera parte de territorio compuesto de suntuosas y poco divididas propiedades, jardines, palacios y quintas puestos en venta de una vez en el momento en que los propietarios, los comerciantes y los más ricos capitalistas se hallaban diseminados, y se conocerá si era posible su pago. Esta adquisición no podían hacerla algunos hacendados ó arrendadores que hubiesen escapado de la proscripción y mucho menos pagarla. Se dirá sin duda que la masa de asignados en circulación era suficiente para el pago de los bienes; pero esa porción era ilusoria, si cada poseedor de asignados tenía precisión de emplear ocho ó diez veces más para lograr los mismos objetos que otras veces.

La dificultad, pues, consistía en proporcionar á los compradores, no la voluntad de comprar, sino la facultad de pagar, y por lo tanto todos los medios propuestos se apoyaban en una falsa base: en suponer existente dicha facultad. Estos medios eran ú obligatorios ó voluntarios: los primeros consistían en privar al papel del valor de la moneda y en el empréstito forzoso; el primer caso cambiaba el papel moneda en una mera substitución de los bienes, y esto era tiránico, porque cuando se hallaba el asignado en manos del operario ó individuo que tenía escasamente para poder vivir, cambiaba el pedazo de pan en tierra y no daba qué comer al que lo poseía. El rumor solo de que iba á quitarse el valor de moneda